

LA SAETA

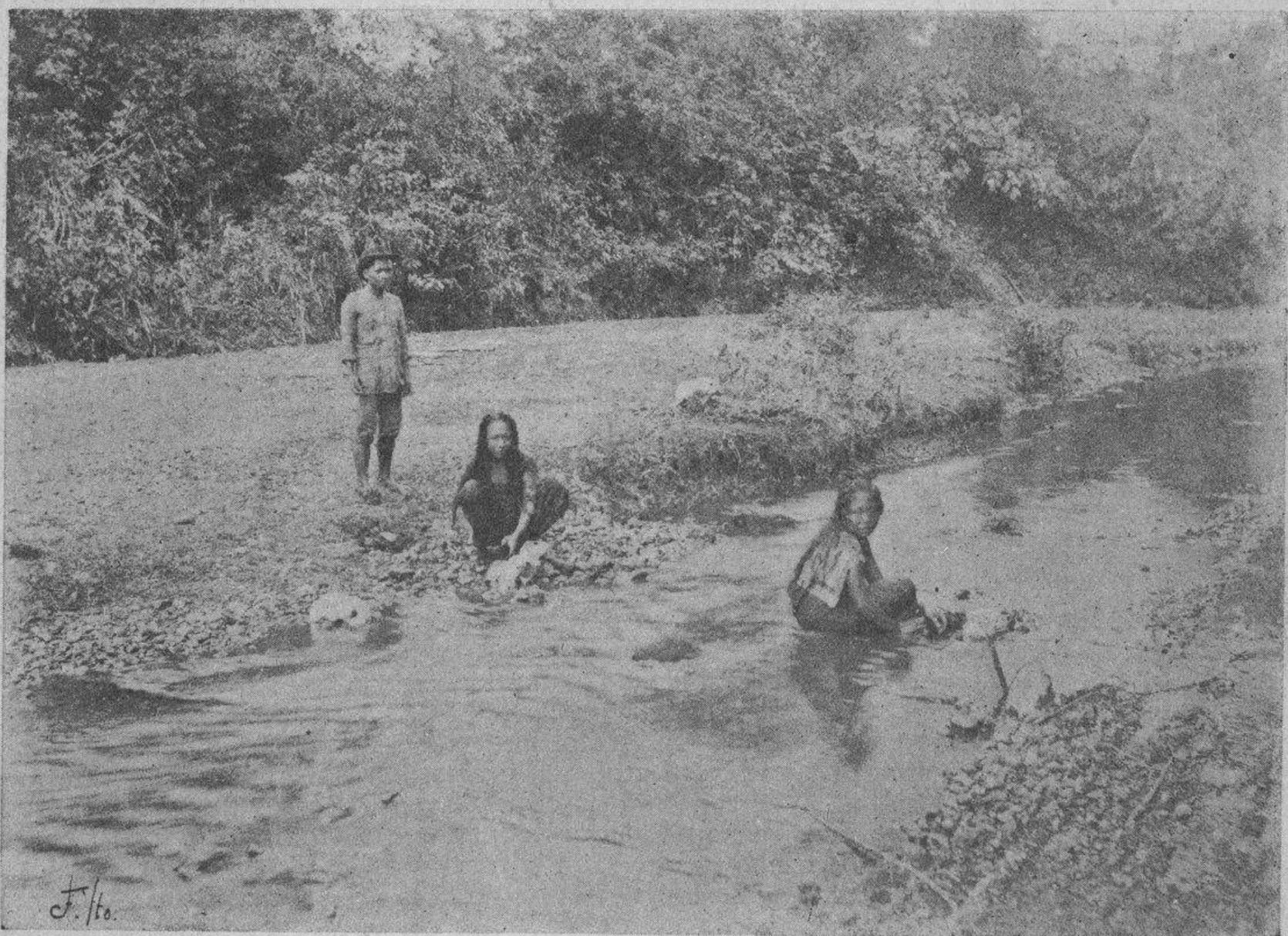
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 11 de Febrero de 1897

Núm. 325

COSTUMBRES FILIPINAS



El baño de mar

Fot. de F. Laureano

Retrata el adjunto grabado á los bañistas junto á la orilla, metidos entre manglares y bajo la sombra de frondosas gramíneas. Así como aquí vamos de campo ó de *iuerga*, en Filipinas se hace *buen comer*, pasando un día en el mar.

Reúnense varias familias amigas, y llegadas que son á la playa, cambian sus trajes por la ropa de baño y métense en una ancha balsa de cañas con entarimado de madera, que es botada al agua. Esta balsa está destinada al *sa-ut*, *sayao* ó al baile, dicho en castellano. En otra balsa menos ancha y de fácil manejo llevan la cocina y todos los enseres para preparar la comida. Durante la travesía se canta, se baila y se grita, no faltando casi nunca una orquesta.

Los aficionados á la natación se arrojan al agua y siguen á las balsas nadando.

Los apetitosos *sisi* (ostras), arrancados por los *bayuntaos* de sus incrustaciones de madera ó caña, son abiertos por las *dalagas* (jóvenes casaderas), y comidos al instante.

Las balsas se dirigen al *punot*, ó corral de pesca, género de pesca exclusivamente filipino, cuya descripción ocuparía mucho lugar.

Con la mata de pelo destrenzado, que llega á los tobillos, chorreando agua, las *dalagas*, unas asan el *tuloy*, otras cuecen el arroz, ésta hace el *inun-on* en bisaya, *sining-ang* en tagalo, que es un guiso sencillo de pescado; aquélla condimenta la succulenta salsa para el lechón, que en un extremo de la balsa se está concluyendo de asar.

Es un espectáculo pintoresco y seductor.



Palique

En vista de que las cosas de su propio hogar no tienen arreglo, don Carlos ha decidido arreglar la cosa pública... que tampoco puede arreglarse.

Para salvar á España, nada más á propósito que llamar á Cerralbo y á Mella y encar- garles un programa de gobierno por el figurín de los tiempos en que apareció en España por primera vez la peste bubónica.

Y en efecto: Cerralbo y Mella, poeta el uno, orador el otro, nos leyeron la cartilla po- ítica, cartilla que firmaría Alfonso XI, si estuviera un poco mejor escrita... y si Alfon- so XI viviera, por supuesto.

¡Ah, señor Cerralbo! con programas así, puede hacerse libretos para óperas como *La Favorita* ó *Hernani*; pero no se gobierna á un pueblo que ya ha tenido gremios, fueros, unidad católica y todos esos fiambres paleolíticos que ustedes nos ofrecen en nombre del *Pastelero de Venecia*.

Porque también es pastel, aunque *medieval*, el que don Carlos nos ofrece.

Quiere dar un aire de reacción á la última moda á su política *siglo catorce*, y nos dicta una constitución con trusas y sombrero de copa alta.

Desengañese don Carlos: lo más para que sirve su programa, es para escribir con ese argumento un *cuento de dos siglos ha*, por el modelo de los del simpático Chaves.

* * *

«Mal año para el teatro», escribía yo á principios de temporada, no en sentido de im- precación, ni en el de profecía, y los sucesos (es decir, la falta de *sucesos*, en el sentido clásico... y de *galicismo*, de la palabra), me vienen dando la razón y me hacen buen augur, sin pretenderlo.

Año malo para el teatro está siendo, en efecto, el de 1896-97. No gustaron obras que se anunciaban como esperanzas de las respectivas empresas; fracasaron comedias y dramas de autores tan acostumbrados á vencer como Feliu, Gaspar, y otros que no recuerdo; Dicenta, que no debía al público más que plácemes y simpatía, no logró triunfar con el *Señor Feudal*; aunque aplaudida, no produjo gran entusiasmo *La Fiera*, de Pérez Galdós; y ahora, el *maestro*, Echegaray, asiste, sino al naufragio, á la *varada* de su último drama, *La calumnia por castigo*.

Yo, que no he presenciado los estrenos de esas obras, no puedo decir si el público ha tenido razón ó no al rechazarlas. Lo que niego es que se pueda asegurar, en tesis general, lo que afirma un crítico madrileño, según el cual, el fallo de los espectadores del estreno, tiene la *santidad de la cosa juzgada*.

No, señor. Ni la historia, ni la filosofía estética, autorizan semejante aserto. Por muy conocidos, por vulgares, no hace falta citar siquiera los muchos casos en que obras tea- trales, rechazadas en el estreno, fueron después aplaudidas ó en el mismo ó en otros tea- tros. En países (Italia y Alemania, por ejemplo), en que ninguna población, aunque sea la capital, pretende la hegemonía artística, se da con frecuencia el caso de que se estrene en diferentes pueblos á un tiempo, un mismo drama, y en uno sea aplaudido y en otros rechazado. En España va siendo también esto lo ordinario, y así conviene. Barcelona *ha casado* muchas sentencias de Madrid.

* * *

Pero hay varios... *pipiolos* de la crítica (llamémosla así), cortesana, que á falta de mé- ritos personales, quieren sacar partido de la ventajilla de tener residencia en el centro oficial de la nación española, y hablan con desdén de los que escribimos en *provincias*, como ellos dicen.

Gedeón, v. gr., á quien está echando á perder un Calínez del cuerpo de Archiveros, ó

cosa así, se da tono porque *mora de asiento*, como él dice, en la Corte; y se ríe de la idea de que se pueda creer que él tiene envidia á los *catedráticos de provincia*.

El pobre archivero festivo, maestro de escuela... *incompleta*, no sabe hasta qué punto está hoy descentralizada la buena enseñanza superior, y también la secundaria, no sólo en Alemania, Italia é Inglaterra, donde siempre lo estuvo, sino en la misma Francia, donde antes París quería serlo todo, y en esta pobre España, donde lo poco bueno que hay está, á Dios gracias, muy repartido.

También habla ese ratón de *puesto de libros* del apostolado en que creen todavía algunos críticos de las afueras, como él llama á los de *provincias*.

Por de pronto, llamar á las *provincias* las afueras, es una majadería; y si la impropiedad de la expresión es voluntaria y quiere ser un chiste, además de ser disparate, es un fracaso.

En el apostolado de la crítica (la que no se cree infalible, ni celebra de pontifical), cree hoy, como ayer, y como siempre, toda persona culta y reflexiva... y hasta creen los jovenzuelos y los *ratés* que se dedican á zaherir á los críticos que no se entusiasman con las maravillas que está escribiendo esta temporada la *gente nueva*.

Por creer en la crítica, y por la ira que les causa no merecer sus aplausos, la aborrecen muchos rapaces desfachatados, que, por cierto, cayendo en gran ridículo, se dan por aludidos cuando se habla de la *gente nueva*. ¡Qué tiene que ver Calínez, el archivero de *Gedeón*, con la gente nueva!

Una cosa es la gente nueva... y otra cosa la gente... *inedita*.

CLARÍN.

COSTUMBRES FILIPINAS



Lavando la ropa

Fot. de F. Laureano

Tres *dalagas* y un *tauo*, sentados en el verde césped, junto al borde del río, blanquean la ropa. Frondosas é impenetrables enredaderas, bambúes, arboleda de anchas hojas, cañas *bojo* de verde y denso follaje, una vegetación, en fin, exuberante, sirve de marco y fondo á esta hermosa fotografía. El *tauo*, que tiene junto á sí el *balután* (lío) de la ropa es *binabayi*, *agúi*, que quiere decir afeminado. Las *dalagas* son tres tipos de belleza india.

Cuentos morales

El esclavo de la verdad

En tiempos del glorioso Califa Aroun-El-Raschid, vivía en Bagdad un hombre que por sus altas dotes de piedad, honradez y sabiduría habíase conquistado el respeto de sus conciudadanos y el aprecio de las autoridades.

Era de edad ya algo madura; viudo por cuarta vez y sin hijos; gozaba de cierto bienestar; llamábase Omar-Beni-Ghazur y consagraba todas las horas del día, que no le robaban las necesidades del sueño, de la mesa y de sus deberes sociales, á dos ocupaciones predilectas y absorbentes: el culto de la virtud y el cultivo de los melones.

Habitaba casi extramuros de la ciudad una casita de modesta apariencia cuyo interior embellecía el aseo más meticuloso. Delante tenía un jardincito plantado de rosales y de jazmines; detrás se extendía una espaciosa huerta, en donde se alzaban olorosos naranjos y limoneros; pero lo más notable que contenía el cercado era un melonar, objeto de los asiduos cuidados y desvelos de su dueño.

Gozaban los melones de Omar-Beni-Ghazur de mucha fama en toda la comarca, y de ello sacaba el hombre no poca satisfacción; pero también le producían numerosos disgustos y contrariedades. Hubiese querido él que todos sus cucurbitáceos resultasen perfectos, respondiendo al celo



exquisito con que eran cultivados, pero no siempre sucedía así, y más de una vez tal cual melón salía calabaza.

De esas decepciones asaz frecuentes, consolábase el hortelano con el ejercicio de la virtud, y singularmente con el de la verdad, que era á su juicio la más preclara de todas las virtudes. Causábale la mentira profundo horror, considerándola como el más feo vicio que el espíritu del mal haya dejado en el corazón de la criatura humana, y sostenía que un buen creyente debía sacrificarlo todo: bienes de fortuna, libertad y hasta la existencia en aras de la verdad. De ahí que se extrañaran muchas gentes de que siendo Omar tan ardiente amigo de aquella virtud, se hubiese aficionado por manera tan extremada al cultivo de los melones, que es precisamente la fruta más engañosa y embustera que se conoce.

Una tarde de verano hallábase Omar sentado junto á la puerta de su jardín tomando el fresco, cuando pasó por la calle un viajero de luenga barba blanca, y cuyos vestidos cubría el polvo de una larga caminata. Era un santo Derviche procedente de lejanas tierras. Omar se levantó y con mucho afecto invitóle á entrar en su morada, invitación que aceptó agradecido el cansado caminante. Comió y bebió éste, haciendo entre otras cosas honor á un melón, que por casualidad resultó delicioso; pasó la noche en un blando lecho, y á la mañana siguiente, al despedirse de su huésped, le habló de esta manera:

—Pídeme el dón que quieras, y por mi intercesión te lo concederá Aláh: ¿qué es lo que deseas?

* * *

Reflexionó Omar-Beni-Ghazur durante unos minutos, y luego repuso:

—Quisiera ser esclavo de la verdad.

—¿Cómo entiendes eso?

—Os lo diré, santo delegado del Profeta: bien debéis saber que he consagrado mi existencia al culto de la verdad, que es de todas las virtudes la más bella, la más augusta. Pero yo creo que la verdad anda demasiado recelosa y tímida, aun entre los que la aman. Con frecuencia se calla, no se dice lo que debía decirse, y en este caso se comete una mentira: mentira pasiva, si queréis, pero al fin mentira. Pues bien: yo quisiera que el espíritu de la verdad se encontrase en mi corazón tan arraigado, tan potente, que en todas las circunstancias saliese de mis labios aun á pesar mío.

—Opino que pides un disparate (dijo el Derviche moviendo la cabeza). ¿No te valdría mejor desear otra cosa?..... ¿Por ejemplo que tus melones fuesen los mejores del país, que no saliese ni uno malo?..... Con esto te enriquecerías pronto y tus ganancias te permitirían hacer lo que más grato es á los ojos de ¡Aláh! socorrer á los desvalidos.

Volvió á meditar Beni-Ghazur, pero aún cuando el Derviche había acariciado una de las fibras más sensibles de su alma, dijo con firmeza:

—No: prefiero lo otro.

—Como tu quieras (replicó el santo hombre.) Desde este momento ya tienes lo que has pedido. Pero me parece que te arrepentirás.

* * *

Al otro día encontrábase Omar en casa de un rico bajá que sentía por él mucho afecto y le había invitado á comer.

Los convidados eran numerosos y escogidos, y todos se deshacían en muestras de agradecimiento y cortesía, ponderando la amabilidad del anfitrión, su rumbo y su fausto, los refinamientos de su mesa y las excelencias de su trato. El único que no mezclaba su voz en el concierto de elogios era el esclavo de la verdad, que, tras largo silencio, rompió á hablar de esta suerte:

—Paréceme imposible que á tanto llegue la vanidad del uno y el servilismo de los otros. Indudablemente es el dueño de esta casa generoso y espléndido: pero ¿por qué lo es?..... Por pura ostentación, por orgullo, no por afecto á sus comensales. Y cuanto mejor no sería que sus riquezas, procedentes como todo el mundo sabe de depredaciones de toda suerte cometidas contra el tesoro público, no fuesen devueltas al Erario en vez de mal-



gastarlas en beneficio de una docena de gorriones que al salir de aquí darán suelta á sus lenguas maldicientes y morderán sin piedad á quien ahora les obsequia.....

No pudo añadir más el veraz Omar-Beni-Ghazur. El anfitrión y sus convidados que en un principio le oyeran estupefactos, arrojáronse encima furiosos, y á bofetadas, y á puntapiés le pusieron de patitas en la calle.

Al encontrarse todo molido y aporreado, vió pasar al Derviche que le dijo:

—Acabas de cometer una majadería.

* * *

Este lance le costó una enfermedad. Al salir de su casa, convaleciente, la primera persona que halló ante su paso fué un antiguo amigo suyo, varón respetable y bondadoso. Tan bondadoso y de alma tan inocente, que vivía ignorando lo que todo el mundo comentaba desde larga fecha: las relaciones culpables que su linda esposa sostenía con cuatro ó cinco mozos jóvenes y gallardos.

Todo Bagdad lo sabía;

Todo Bagdad menos él.

Y el esclavo de la verdad, aprovechando la primera ocasión que se le presentaba de soltarla, le dijo:

—¿Sabes, Alí, que tu mujer es una sin vergüenza, y que te engaña miserablemente, y que eres la risa de toda la ciudad?

A lo cual replicó el marido atizando una serie de garrotazos al que sólo podía considerar como un menguado embustero y un vil calumniador.



(Ilustraciones de J. Passos)

Y cuando con la cabeza medio abierta y el cuerpo lleno de cardenales consiguió Omar ponerse en salvo, vió pasar junto á él al Derviche que le dijo:

—Acabas de cometer una mala acción.

* * *

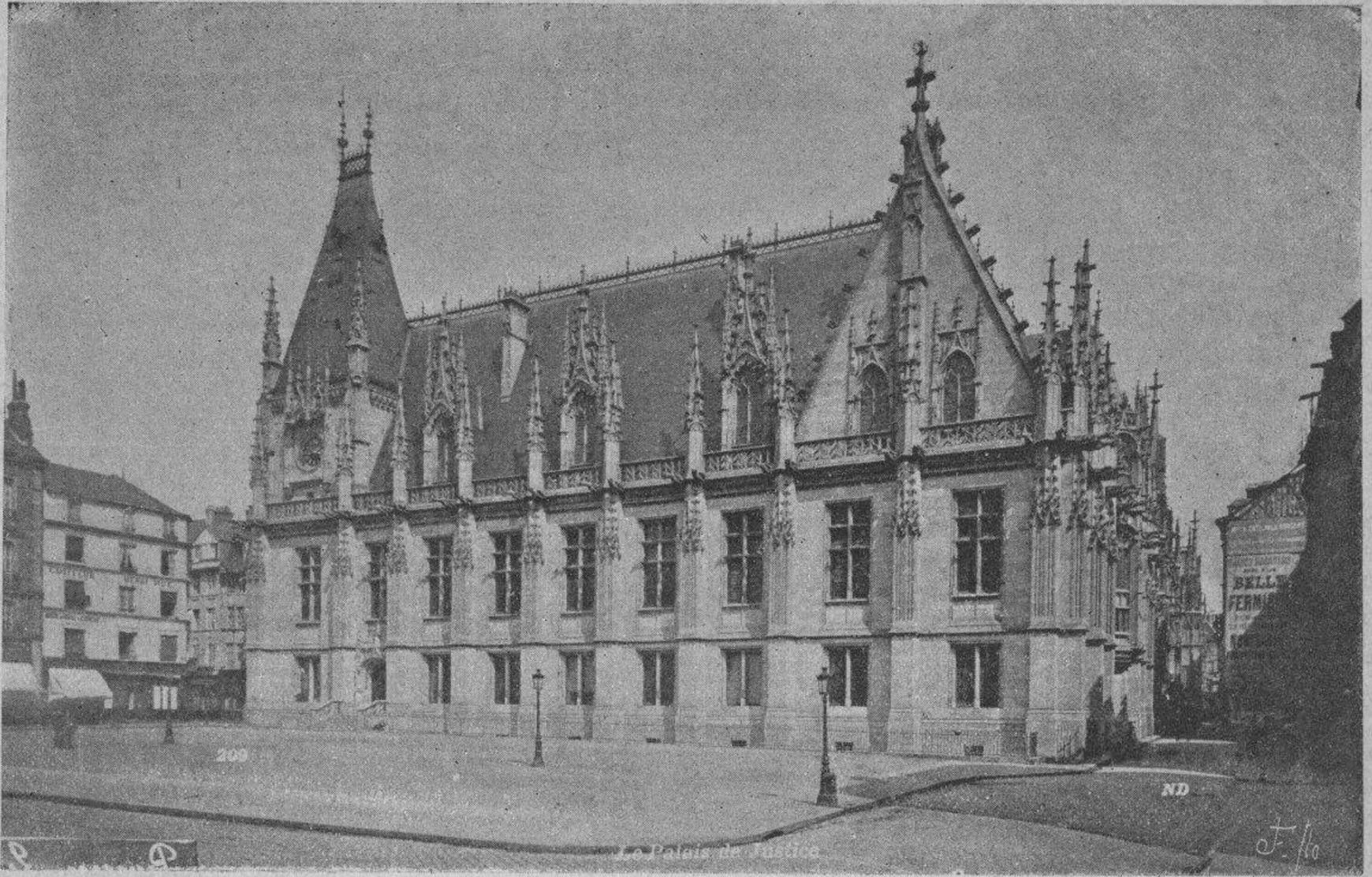
Y gracias á su irresistible amor por la verdad, siguió Omar-Beni-Ghazur soltando atrocidades y recibiendo cada pie de paliza que daba lástima. Todos sus convecinos le cobraron repulsión, desprecio y encono, teniéndole por hombre ruín, de malas entrañas y peor intención, y un día el Califa, habiendo sabido que Omar no había reparado en decir que tan baja era el alma de aquel monarca como la del último eunuco de su harem, mandó que le cortasen la cabeza al deslenguado.

Y cuando éste caminaba caminito del suplicio, vió entre los espectadores al Derviche, que le decía:

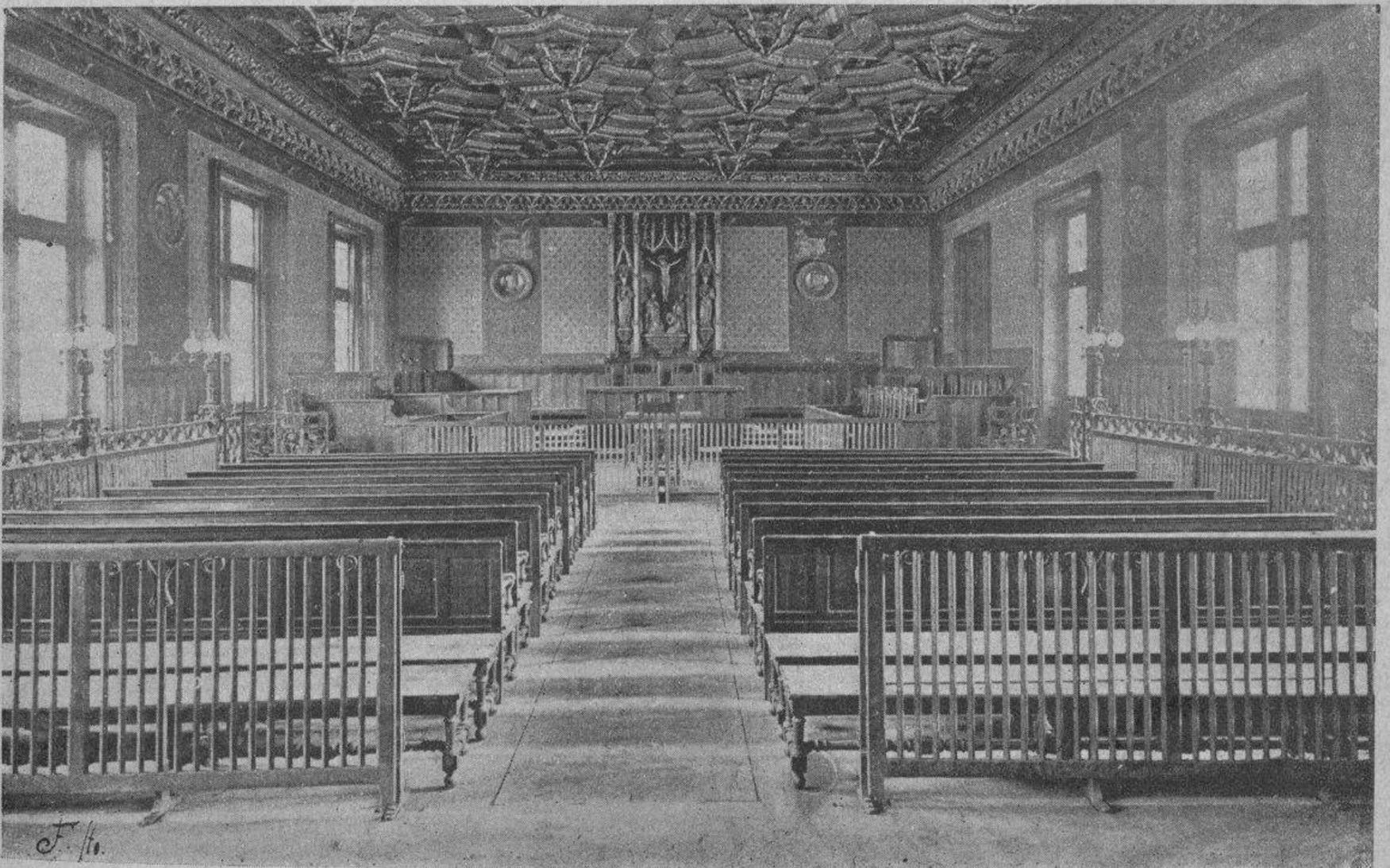
—¿Te convences ahora, insensato, de que el cultivo de los melones te habría traído mejor cuenta que el culto de la verdad?

JUAN BUSCÓN.

ALREDEDOR DEL MUNDO



RUEN. — Palacio de Justicia



RUEN. — Interior del Palacio de Justicia

El amor inmortal

¡Atrás! que ya los altares
Velan las sombras profanas;
Y al vulgo de estos lugares,
Lo llaman á sus hogares
Con su oración las campanas.

¡Atrás! y no en loco tema
Traigas, revuelta en la falda,
Símbolo de tu fe extrema,
Esa florida guirnalda
De tus amores emblema.

Torna, loca, á tu alquería,
Porque si bien lo contemplo,
Es necio, por vida mía,
Dejarme así cada día
Lleno de hierbas el templo.

—He de ver su sepultura,
Pese á sus iras crueles,
Pues bien nos predica el cura
Que nunca el Dios de la altura
Cierra su casa á los fieles.

—Así te azucen traidores
Alguna vez sus mastines,
Por tus ofrendas de amores,
Los dueños de los jardines
En donde robas las flores.

Y pues que en tal desacierto
Sigues con cordura poca,
Quédate ahí; y ten por cierto

Que gana muy poco un muerto
Con la oración de una loca.—

¡Cuitada, que en su quebranto
No halla en la tierra consuelo,
Lo busca en el cielo santo,
Y sordo también el cielo
Las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta,
Entre nocturnos reflejos,
Pareces ya de una muerta
La sombra que vaga incierta
Llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,
Como á imagen de la muerte,
Llamándote *el alma en pena*,
De horror la comarca llena
Cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,
Sin que de su afán se corra,
Ama con ardor violento
Memorias que el tiempo borra,
Cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
Porque escarnecerla puedan,
Que en este mundo fingido
Sólo pagan con olvido
A los que van, los que quedan!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





La reina Victoria de Inglaterra

Victoria I, reina de Inglaterra, nació en Londres el 24 de Mayo de 1819; es la hija única de Eduardo, duque de Kent, cuarto hijo de Jorge III y de Luísa Victoria, princesa de Saxe-Cobourg, y viuda en primeras nupcias del príncipe hereditario de Leiningen. Heredera por la muerte de su padre de sus derechos á la corona, fué educada con esmero, bajo la dirección de la duquesa de Northumberland, y adquirió sólidas nociones de historia, de música y de ciencias naturales.

Más tarde, según la voluntad expresa del rey, su tío, lord Melbourne, familiarizó su espíritu con el conocimiento de los principios políticos y el mecanismo del Gobierno constitucional. Cuando el 20 de Enero de 1837 sucedió á Guillermo IV, conservó á este ministro, á pesar de la oposición de los toris, en la dirección de los negocios. Su coronación tuvo lugar en 20 de Junio de 1838, y dió lugar á fiestas magníficas y espléndidas; dos años después, en 10 de febrero de 1840, tomó por esposo al príncipe Alberto.

Gracias á la constitución inglesa y al sentimiento de reserva que ha presidido siempre á la conducta de la reina, es inútil analizar los acontecimientos de un reinado, que se han cumplido muchas veces, ajenos á su influencia personal.

En cuanto á los hechos de su vida propia, son poco numerosos; son estos tres ó cuatro atentados contra su vida, que han sido juzgados como actos de locura; el nacimiento de sus numerosos hijos, y algunas visitas de ceremonia hechas á los soberanos del continente, entre ellas la de 1843 al château d'Eu, la de 1855 á la Exposición Universal de París, la de 1858 al puerto de Cherbourg, la hecha al rey de los belgas en el año 1860, etc.

Habiendo enviudado en 11 de Diciembre de 1861, permaneció largo tiempo sumida en profundo dolor y viviendo una vida muy retirada.

Han circulado, con el nombre de la reina, algunas publicaciones morales y edificantes, entre ellas las *Meditaciones sobre la muerte y la eternidad* (1863), compuesta de fragmentos traducidos del alemán, y *Feuilles du journal de notre vile dans les montagnes d'Escosse* (1869).

Hoy cuenta la reina Victoria I de Inglaterra 78 años de edad y 60 de reinado. Sus súbditos la respetan y la aman casi hasta la veneración.

Preludios de Carnaval

La estudiantina

¡Qué ojeroso he hallado hoy á mi peluquero! ¡Qué pálido al mozalbete de mi portera! ¡Qué lacio y qué mustio al criadillo del piso segundo!

No sé que influjo tienen los tiempos carnavalescos sobre la juventud, que la marchita como las heladas á las flores de almendro. Después he sabido por el portera de la tienda de sedas de la esquina, que las pícaras y perniciosas estudiantinas tienen la culpa de todos esos estragos, y que él mismo, acostumbrado á tales faenas desde el primer año que *barrió hacia dentro* en una tienda de comestibles, maestro en el arte, nada sencillo, de repiquetear en el terso pergamino de la pandereta, y práctico lo mismo en elegir traje que resulte «muy señor» para la comparsa, y que al propio tiempo llame la atención pública que en manejar las tenacillas que convierten la cabeza de pelo más laso en una esortijada de negrito etíope, él mismo, si la afición al mujerío y á la exhibición no le tirara tanto, habría ya dejado de tomar parte en las estudiantinas, pues va notando que las trasnochadas no le prueban bien, y que después de una serie de ellas, ni humor le queda para echar cuatro chicoleos á la ribeteadora que entra á comprar hilo negro, ó á la modista que va en busca de cinta blanca.

Desde mucho antes que las carnestolendas envíen su anuncio entre los tibios rayos del sol que precede á la primavera, las estudiantinas, no bien los individuos que las forman han concluido sus habituales tareas detrás del mostrador, verdadera muralla china para los que siguen la carrera y pasos de Vanderbilt, padeciendo los suplicios de Tántalo recorren esas calles de Dios de la mayoría de las capitales, y aun no capitales de España, llenando el espacio con las armonías que arrancan á guitarrillos, panderos y violines, y queriendo resucitar á una masa estudiantil que huyó para nunca más volver, cuando desaparecieron los manteos de color de ala de mosca, las calzas llenas de inverosímiles remiendos y zurcidos, los grasientos sombreros de tres picos y un ingenio del que se agotó el depósito, quedando para muestra un botón en *El gran tacaño*.

Desde que los estudiantes «de verdad» han tenido á menos el aparentar que lo son, la tradición gloriosa que como única herencia han dejado aquellos de la Universidad salmantina que escucharon las lecciones del autor de *La perfecta casada*, ha sido recogida en parte por los que la fortuna ha colocado en situación de no tener que entenderse con los libros, los Atlas de Anatomía ni demás zarandajas universitarias.

Los estudiantes modernos ignoran, encerrados en las templadas regiones del café ó el billar ó apoltronados en las butacas de los teatros, la vida que hicieron los compañeros y amigos de aquel bachiller inseparable y servidor fidelísimo del vengativo marqués de Calatrava, no se figuran las penalidades que para rivalizarse de licenciados en cualquiera de las facultades, pasaban los segundones de casas nobles, en tanto que el primogénito se consagraba exclusivamente á perpetuar el ducado y consumir los ducados; no calculan el ingenio que despertaba la carencia de comida y la perspectiva, por única felicidad, de la sopa boba del convento; no saben lo que significaba y valía, intelectualmente, aquella juventud en que se depositaban las letras y las ciencias, que de tener convencimiento de todo ello..... ¡Envidia y mucha les causaría no poder retroceder algún tiempo, echar un párrafo con sus predecesores en las aulas, y sufrir las miserias y tacañerías de posaderas y mercaderes!

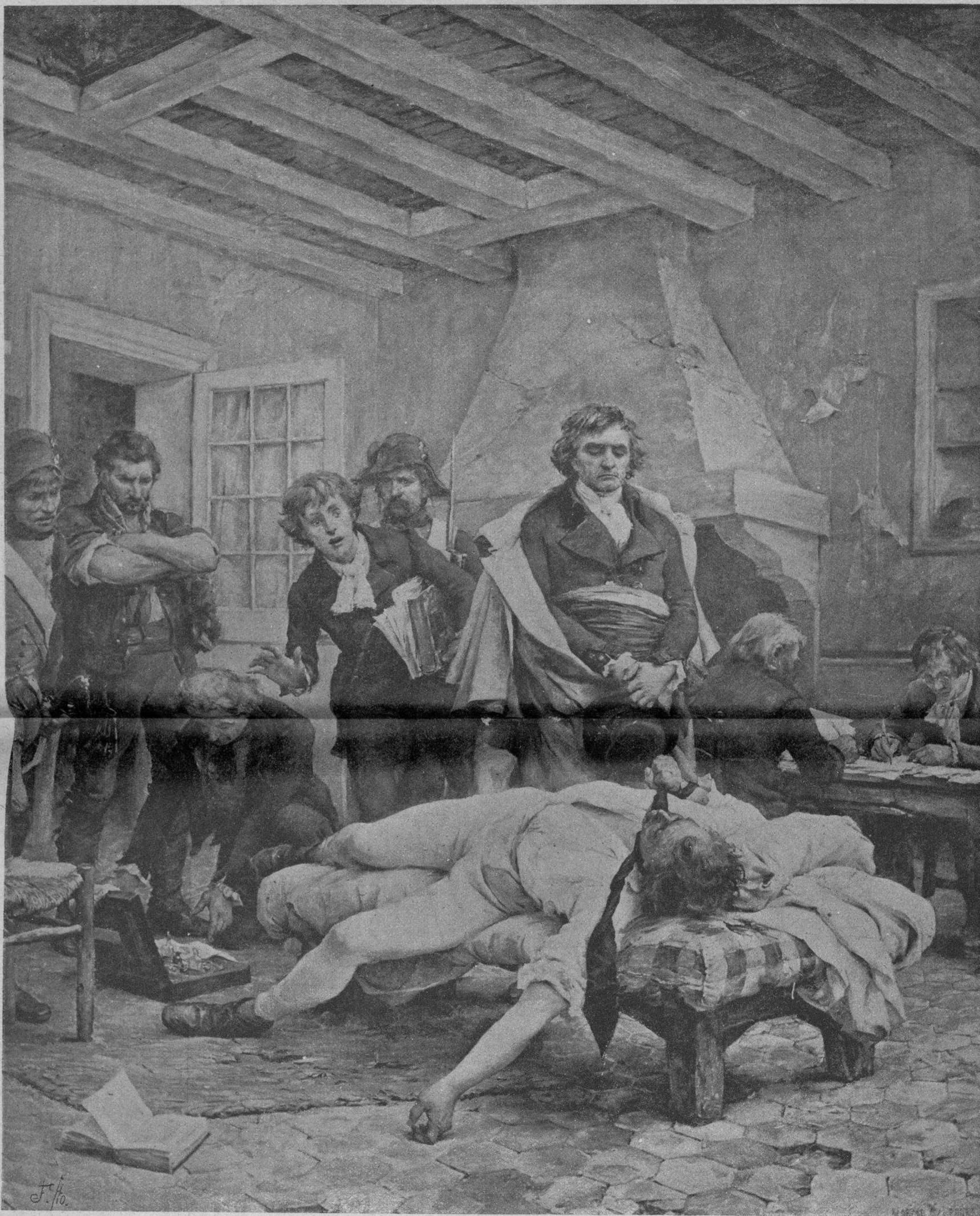
Las estudiantinas de ogaño, que de todo se forman menos de estudiantes, ¿qué idea pueden hacernos formar de las de antaño, animadas, bulliciosas, rebotantes de juventud, ingenio y picardía? Llámeseles enhorabuena comparsas ó cuadrillas, pero no se ensalcen hasta el extremo de equiparar con los que frecuentan los *duros, pero honrados bancos* de Institutos y Universidades, más ó menos aprovechadamente, siquiera por el buen recuerdo que debemos tener de aquellos estudiantes tunantes, que iban corriendo la tuna, á unos cuantos animosos mancebos, que le han impuesto como obligación sagrada la de mantener los prestigios del Carnaval, aun á costa de que al confesarse por Pascua Florida, tenga que arrepentirse como el majadero del cuento, de haber estado haciendo el majo.

C. OSSORIO Y GALLARDO.





Venecia parece surgir del seno de las aguas; ofrece, vista desde cierta distancia, un aspecto imponente; el Gran Canal que la divide en dos partes y los 149 canales que forman las vías principales de la ciudad, surcadas día y noche por millares de góndolas, hacen que Venecia, aunque muy animada, sea silenciosa á causa de no poderse hacer uso de los carruajes. Cuenta 51 plazas, adornadas la mayor parte con las fachadas de palacios y edificios públicos, siendo los más notables la basílica de San Marcos, la Catedral, la iglesia de Santa-María-della-Salute, la de San-Giovanni y San-Paolo, el palacio del Dux, que comunica por medio del Puente de los Suspiros con la cárcel; varios palacios particulares; los teatros, y también es digno de mención el inmenso puente sobre las lagunas que pone en comunicación esta ciudad con el continente.



La muerte de Pichegru

Carlos Pichegru nació en los Planches, cerca de Arbois (Jura) en 1761. Habiendo ingresado en un regimiento de artillería al estallar la revolución francesa, pasó rápidamente por todos los grados de la milicia hasta llegar á general. En 1793 obtuvo el mando del ejército del Rin y restableció entre los soldados la disciplina, relajada por los frecuentes contratiempos; al siguiente año fué encargado del mando del ejército del Norte, y derrotó al enemigo en Cassel, Courtrai, Menin y otros puntos. Conquistó la Bélgica y entró en Amsterdam en 21 de Enero de 1795. A su regreso en París, fué encargado de las tropas en los días 12 y 13 de germinal, presentándose en seguida en la Convención á dar cuenta de sus operaciones. Entró por entonces en negociaciones con los agentes extranjeros, y consintió en hacer traición á la República y coronar de nuevo á

los Borbones; pero el Directorio, que concibió dudas acerca de su patriotismo, le separó del ejército, ofreciéndole, al decir de algunos, la embajada de Suecia, que se negó á admitir. En 1797 fué elegido diputado del Consejo de los Quinientos, en donde se puso al frente del partido de Clichy, y trató de dar un golpe de Estado; mas sus planes se frustraron en 18 de fructidor, y envuelto en la proscripción de su partido, fué deportado con otros 50 á la Guayana. Consiguió fugarse; desembarcó en Inglaterra, de donde se trasladó á Alemania; volvió después á Inglaterra, y en 1804 dejó este país para ir á conspirar en Francia con Jorge Cadoudal. Hallándose en París, trabajó en el proyecto que existía de asesinar al primer cónsul; pero descubierta la conspiración, fué preso y se ahorcó en la cárcel, sin esperar la sentencia.



Un baño

Lo que voy á referir es rigurosamente histórico: las pequeñas variantes de forma que he introducido son de tal naturaleza, que sin gran esfuerzo podrá cada lector reconstruir la escena con todo su carácter de autenticidad.

Antes conviene consignar, para esclarecimiento del lector, que el criado chino es una especialidad en su género. Sumiso, obediente, servicial, respetuoso, su amo es todo para él; pero este mismo celo da lugar á incidentes de un cómico subido por lo común, pues no comprendiendo bien la lengua que se les habla y considerando como una falta el hacerse repetir un recado, sucede que lo tergiversan, y por querer pasar plaza de listos producen un cienpies.

Ejemplo al canto: Corría el año de 1879. Nuestro plenipotenciario en China y uno de los secretarios terceros de la legación, se habían embarcado rumbo á Europa en uso de licencia y me habían confiado sus dos *boys* para restituirlos á Pekín. Hallábanse á la sazón en Macao, y huéspedes en mi casa endulzando mi soledad, el encargado de los negocios en ausencia del jefe y mi colega de Cantón, ambos con sus correspondientes ayudas de cámara y el último provisto además de un rapazuelo con la categoría de *office coolie* y del letrado para las traducciones. Total, que con los siete hombres á mi servicio eran trece los criados que se cobijaban bajo el mismo techo.

Cierta mañana me desperté con una fluxión á la boca que me hacía poner el grito en el cielo.

—Boy—grité.

—Señor.

—¿Hay almidón en casa?

—No hay.

—Pero ¿sabes tú qué es almidón?

—Sabe.

—¿Qué es?

En su silencio comprendí que le había pillado en renuncio. Entonces apelé al portugués, en cuyo idioma era más fuerte el mozo, y para no quedarme sin ponerme el tabique en el carrillo.

—Almidón—le dije—es *amido* en macaense.

—Sabe—me contestó con la sonrisa del triunfo.

—Y bien, ¿lo tienes en casa?

—No tiene.

—Pues anda á buscarlo y súbemelo.

—¿Arriba?

—Sí, arriba.

Y se fué. Serían entonces las siete; á la una, cuando nos sentamos á la mesa á *tiffinar* ya no me acor-

daba de las muelas por haberseme calmado felizmente el dolor; pero á la primera cucharada de sopa sentí un latigazo en la mandíbula y:

—El amido—vociferé.

—Tiene arriba, señor.

—Bajámelo al momento.

Dos minutos después, doce cabezas como las que pintan en las tablillas de las ánimas del purgatorio se asomaban á la puerta del comedor.

—¿Qué hacen ahí esos mamelucos?—pregunté.

—¿El señor no me ha dicho que los bajara?

Una carcajada estrepitosa de mis huéspedes me hizo comprender lo que ocurría. El *boy* había confundido *amido* con *amigo*, y desde hacía seis horas que le mandé subirme el almidón, tenía encerrados á sus compañeros en una especie de buhardilla trastera. Me puse bueno de risa.

Pues bien; Ahon, el vínculo del consulado de España en Macao, que lleva treinta años oyendo nuestra lengua sin conseguir hablarla ni entenderla; Ahon, a quien se le pide el libro que está sobre el pupitre, y señalándosele y todo, le trae á uno la tarima para poner los pies; Ahon, que para indicar á mis hijos que si bajaban corriendo la cuesta del jardín se podrían caer con el impulso por la baranda de la galería, se tiró por ella quedándose milagrosamente enganchado por las uñas á los ladrillos á siete metros de altura. Ahon, repito, es el non-plus-ultra de la fidelidad, de la vehemencia, del celo y de la abnegación: es un perro de presa con la cola en la nuca.

Hace algún tiempo era vicecónsul en Macao un señor muy aficionado al arte de Apeles. Su casa estaba llena de bocetos de tipos locales; pero entre ellos le faltaba el que más le había llamado la atención: una china, al servicio de un amigo suyo militar, que huérfana y desgraciada había sido recogida por el hijo de Marte. Mil veces le había pedido autorización para retratarla; pero fuese por desconfianza hacia el pintor ó por capricho y terquedad, jamás había accedido á ello el filantrópico portugués.

Un día, sin embargo, el entusiasmo artístico pudo más que las consideraciones sociales, y sabedor el vicecónsul de que su amigo entraba de guardia, llamó á su criado y le habló así:

—Ahon: ¿tu conoces á Fulano?

—Sabe, capitán.

—Precisamente, el capitán; pues bien, ese tiene una china en su casa.

—Bonita.

—Que aproveche. Vas ahora que él está en el cuartel y me la traes para pintarla. ¿Entiendes?

—Sabe, capitán, china, ven.

Y ya salía disparado como una flecha, cuando su amo le tuvo que detener para añadir una observación.

—En cuanto venga—dijo—como ella no brilla por la limpieza y mi olfato ha de sufrir mucho con las dos horas que por lo menos ha de durar la sesión, le haces tomar un baño antes de subírmela.

—Baño, agua, limpia, sabe.

Y desapareció.

El aficionado preparó su lienzo, cargó la paleta, dispuso los pinceles y ya empezaba á aburrirse por la tardanza, cuando oyó unos gritos por abajo que le obligaron á salir á la escalera.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?—preguntó.

—Bribón, te voy á matar.

Era la voz del portugués. No cabía duda, había sorprendido la jugarreta y se vengaba en el criado de la felonía del señor.

—Amo manda—rugía el chino con voz entrecortada por el coraje.

En esto sonaron golpes, bofetadas y un ruido particular que hizo bajar al vicecónsul los escalones de seis en seis.

Ahon echaba espumarajos por la boca y sangre por las narices, mientras el capitán se exhibía mojado como una sopa.

—Pero en fin, ¿qué pasa?

—¡Qué ha de pasar! Que este bruto ha venido á buscarme al cuartel diciendo que usted me llamaba con urgencia. He obtenido permiso para venir creyendo que estaba usted enfermo, y el animal no me ha dejado subir so pretexto de que antes me tenía que tomar un baño.

—Tomó, tomó—gruñía el coletudo enseñando los bícepsos mientras el capitán se secaba y el vicecónsul se resignaba á pintar á la china de memoria.

ENRIQUE GASPAR.





Cantares populares

Para que yo te olvidara
era menester que hubiera
otra luna y otro sol
y otro Dios que dispusiera.

Ya se van los quintos, madre,
por la puerta de Alcalá;
ya se van los quintos, madre,
¡sabe Dios si volverán!

Ave fría que en invierno
vas diciendo «nieve», «nieve»,
dí si encuentras á mi niña
que no te imite si puede.

Mariquita me dió á mí
agua en cántaro nuevo,
ella se muere por mí
y yo por ella me muero.

El día que tú te cases
aquel día muero yo,
se juntarán en la iglesia
mi entierro y tu velación.

Eres prima y me pesa
el haberte conocido,
que si no fueras mi prima
me casaría contigo.

Me dicen que no te quiera,
¡Jesús, que barbaridad!
como no saben querer
no saben aconsejar.

En el patio de la cárcel
ha salido un arbolito,
y á su sombra, vida mía,
me duermo y sueño contigo.

Llevas el mandil cortito
al estilo de Linares;
¡bendito mil veces sea
el que te encuentre en la calle!

No eres alta ni eres baja,
eres como yo te quiero,
pareces campanillita
hecha á mano de un platero.

A mí se me perdió ayer
un pañuelo blanco y nuevo
en cada punta un suspiro,
y un «¡ay, que me muero!» en medio.

Acábame de decir
que me quede ó que me vaya,
no me tengas al sereno
que no soy cántaro de agua.

Cuando yo esté en la agonía
siéntate á mi cabecera,
fija tu vista en la mía,
fácil será que no muera.

En una cama de ausencia
cayó enferma mi esperanza:
lágrimas, tened paciencia,
que el tiempo todo lo alcanza.





TEATRO GRANVÍA

«El año 13,000»

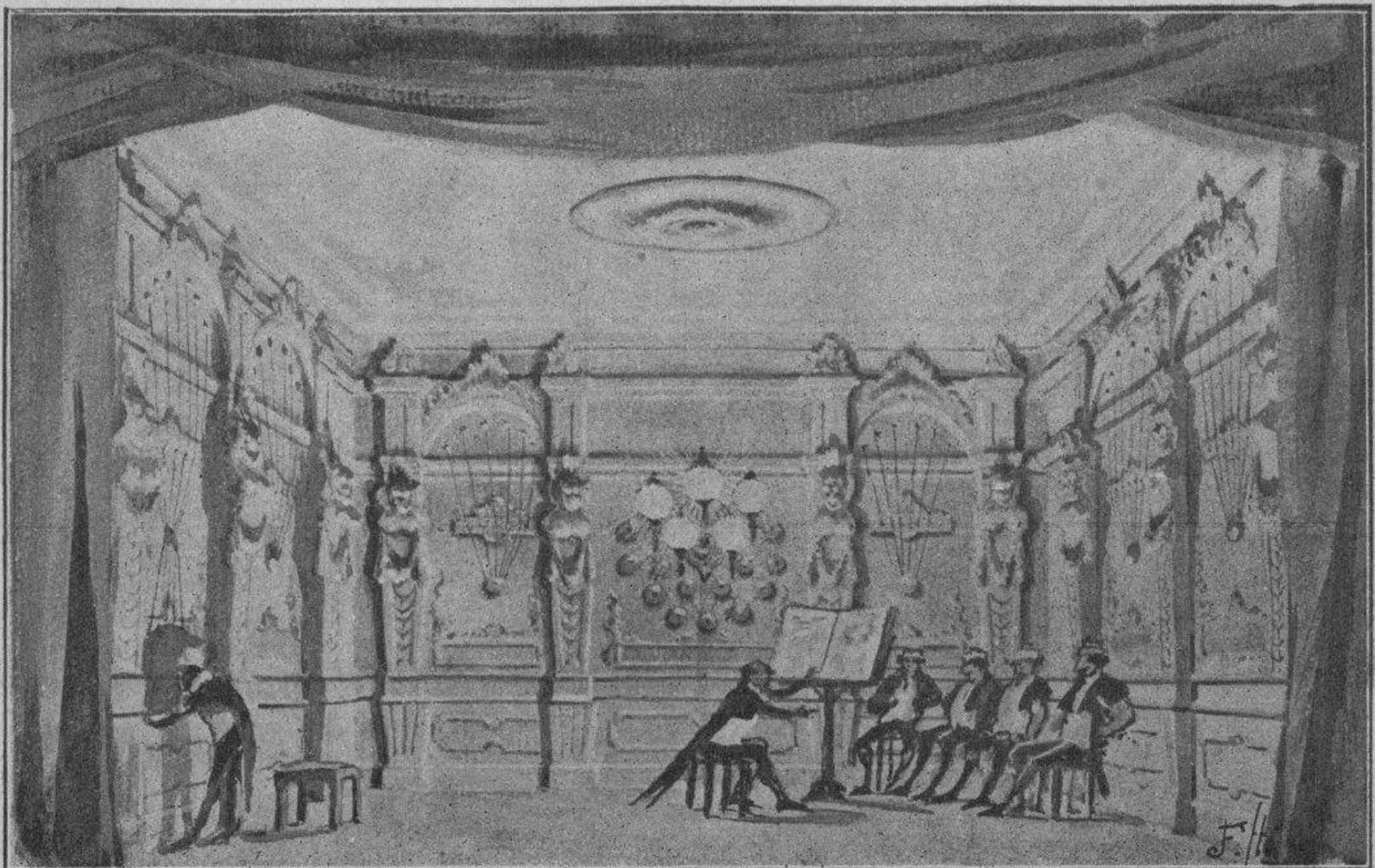
Fantasia de gran espectáculo, en un acto y cuatro cuadros

Marcha Característica



Retrato de Ricardo Jiménez. — Fragmento autógrafo de la música

R. Jiménez



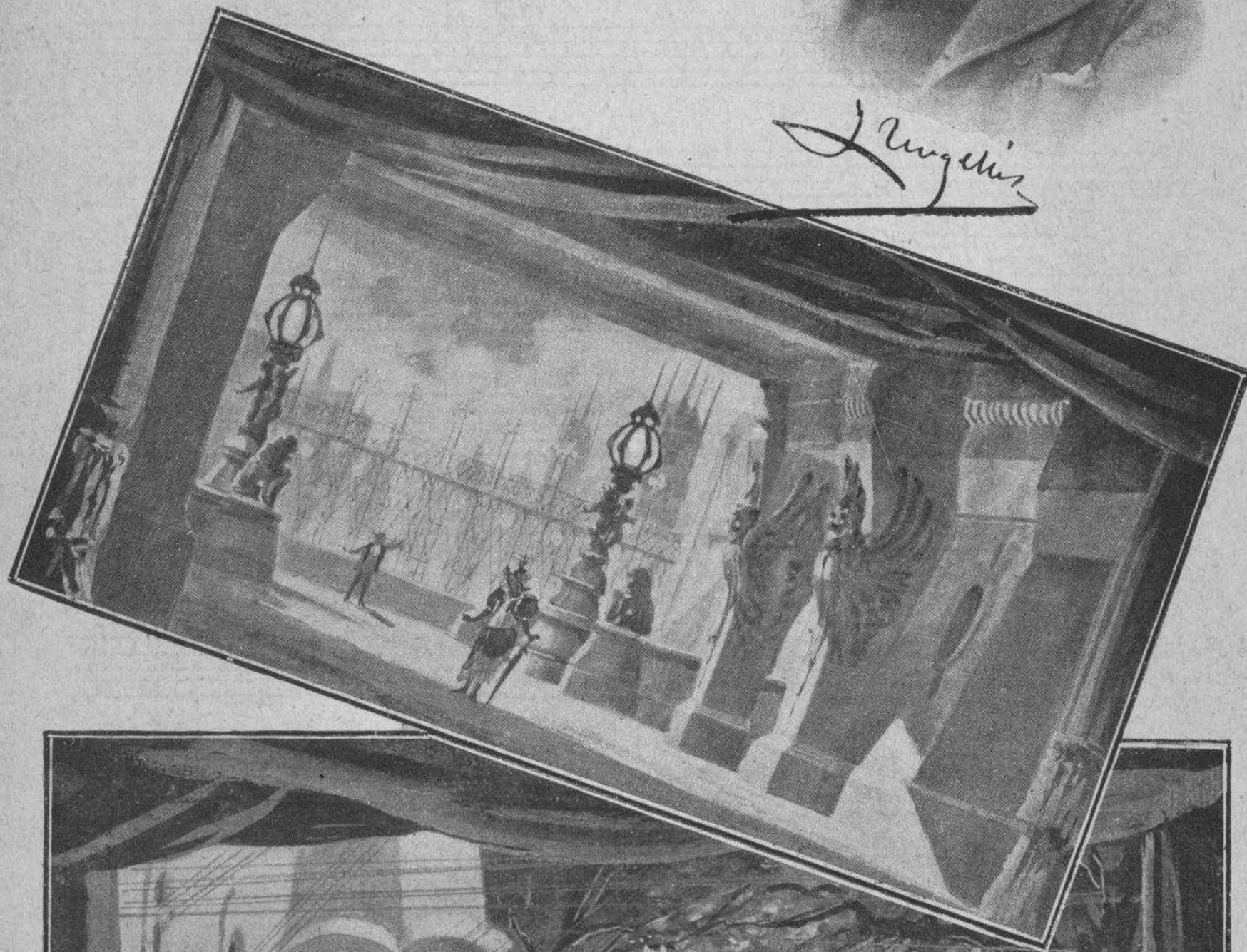
Decoración del cuadro primero

«El año 13,000»

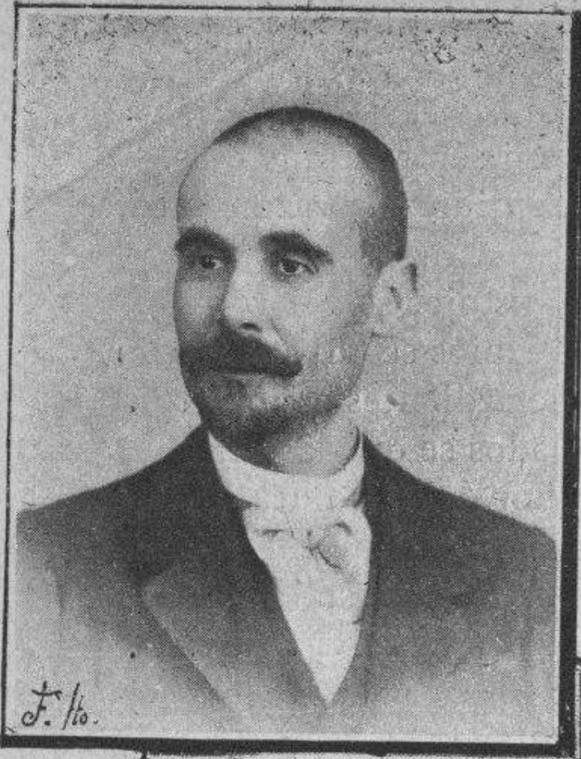
Letra original de M. Figuerola Aldroteu

música del maestro Ricarco Jiménez

y decorado de F. Urgellés



Retrato de Félix Urgellés. — Decoraciones del cuadro segundo y tercero



Retrato de M. Figuerola Aldrofeu. — Decoración final (apoteosis). — Figurines

Dos besos

En busca de la paz, que brinda el sueño,
por dormirme luchaba; ¡vano empeño!
que cuanto más por olvidarte hacía,
más hermosa á mis ojos te veía.

—
Soñé, que aprisionado
hallábame en tus brazos, estrechado;
y mis labios gustando, en ansia loca,
la celestial frescura de tu boca.

—
Tus ojos centellantes,
fuego dando á mis frases delirantes,

conmovían mi sér, y tú me oías,
¡y hasta el sentido y la razón perdías!

—
Tus ojos se velaron
tus labios se entreabrieron
y de ardientes que fueron
helados se quedaron;
que, como flor del tallo desgajada
en mis brazos yacías desmayada,
Por un *beso* te ví desfallecida,
te di otro *beso* y te volví á la vida.

PEDRO GAY

Alicia

BALADA

I

¿Hay nada tan agradable como vagar por el bosque verde cuando el mirlo y la alondra cantan en el ramaje; cuando el ágil cervatillo huye como una flecha para escapar de los dientes de los lebreles, y cuando el cuerno de los cazadores resuena á lo lejos en la espesura?

—¡Oh, Alicia! yo he abandonado por tí mi tierra natal y nos vemos obligados á vivir en los montes y los bosques como los proscriptos.

¡Oh, Alicia! si en la noche fatal de nuestra fuga maté á tu valiente hermano, fué por el amor de tu hermosa cabellera y de tus azules ojos.

Y ahora, esta mano acostumbrada al manejo de la espada, tiene que cortar las raíces de los bosques, arreglar nuestra humilde cama con el follaje y formar con las ramas una barrera que cierre la gruta que nos sirve de asilo.

Tu dulce mano, que antes sólo pulsaba las cuerdas del arpa, tiene que despojar á la fiera salvaje de su piel, para que poseamos algo que nos defienda contra el frío.

—¡Oh, Ricardo! si mi hermano murió, se debe más que á otra cosa á su fatal destino. La lucha se efectuó de noche, en medio de las tinieblas, y sólo la casualidad dirigió contra su seno el hierro de tu lanza.

Si no puedo adornarme con ricos trajes, si tú no posees un manto de escarlata, contentémonos con las pieles atigradas y con el verde de los bosques, que también son agradables á la vista.

¡Oh, Ricardo! Si nuestra suerte es cruel, si tú has perdido la patria, en cambio Alicia posee á Ricardo y Ricardo á Alicia.»

II

«¡Qué agradable es vivir á la sombra de los bosques!» repetía alegremente la bella Alicia, mientras el hacha de lord Ricardo, sonaba sobre las ramas de los añosos robles y de los viejos álamos.

Cuando la oyó el rey de los espíritus se puso á gritar en la gruta de la colina, y sus siniestras palabras se asemejaban al gemido del cierzo, bajo los pórticos de una iglesia arruinada.

«¿Qué hacha es esa que se atreve á derribar los robles y los álamos, cuyos consagrados troncos cierran la entrada al lugar donde celebramos nuestros ritos á la luz de la luna?

¿Quién viene á espantar la caza que ama la reina de las hadas? ¿Quién es tan audaz que viste el color de los verdes reinos de la hechicería?

¡Parte, Urgan, parte en busca de ese mortal! Tú fuiste bautizado en otro tiempo, y la

TIPOS DE LA CALLE



A Tabal

El afilador, POR TABAL

señal de la cruz no puede hacerte huir; ni pueden tampoco detenerte las palabras misteriosas.

Llama sobre la cabeza del temerario la maldición que daña el corazón y que impide al sueño cerrar los párpados del que la oye pronunciar. ¡Qué no tenga más consuelo que llamar á la muerte y que la muerte permanezca sorda á sus ruegos!»

III

¡Cuán dulce es vivir á la sombra de los bosques cuando los pájaros permanecen mudos! Alicia preparaba el fuego que había de calentarles durante la noche, y su amante buscaba leña en la floresta.

De pronto apareció Urgan, bajo la forma de un enano horrible, y se colocó delante de Ricardo. El caballero hizo la señal de la cruz y recomendóse á la protección divina.

«No tengo miedo á esa señal poderosa, le dijo el fantasma amenazador; no la temo, porque procede de una mano ensangrentada.»

Alicia, en un arranque de valor, le contestó en seguida: «Si su mano está salpicada de sangre, es sangre de las fieras salvajes.»

—«¡No, no, mujer intrépida! dijo el espíritu; la sangre que enrojece su mano profana es la sangre de tu raza: ¡la sangre de Ether Brand!»

Al oír esto se adelanta Alicia y repite la señal de la cruz! «¡Si la sangre, dice, salpica las manos de Ricardo, las mías están sin mancha!

Yo te conjuro, fantasma del infierno, en nombre de los que hacen temblar á los demonios, para que nos digas de dónde vienes y qué motivo te trae aquí.»

IV

«¡Grato es, muy grato, dice el enano, habitar el reino de la hechicería, escuchar el concierto de las aves encantadas, asistir á los juegos espléndidos de nuestro monarca y escoltarle á caballo!

Nada hay tan brillante como el país de las hadas; pero su brillo es tan falso como el impotente rayo que el sol de Diciembre vierte sobre las nieves y los hielos.

Nuestra forma, caprichosa é inconstante, como esa luz de los días de invierno, toma el aspecto de un caballero, de una dama ó de un enano repugnante.

Una de esas noches en que el rey de las hadas goza de su omnipotencia, caí herido en un combate criminal. Estaba luchando entre la vida y la muerte cuando sentíme transportado al triste país de los encantamientos.

Pero si una mujer valerosa se atreviese á trazar tres veces sobre mi frente la señal de la cruz, podría recobrar mi primitiva forma y convertirme en un mortal como vosotros.»

Alicia se atrevió á hacer la señal, primero una vez y después otra, porque no le faltaba valor. La frente del enano se curtió y la caverna se puso muy oscura.

Alicia repitió por tercera vez el signo misterioso y vió aparecer al caballero más hermoso de Escocia: ¡era su hermano! ¡era Ether Brand!

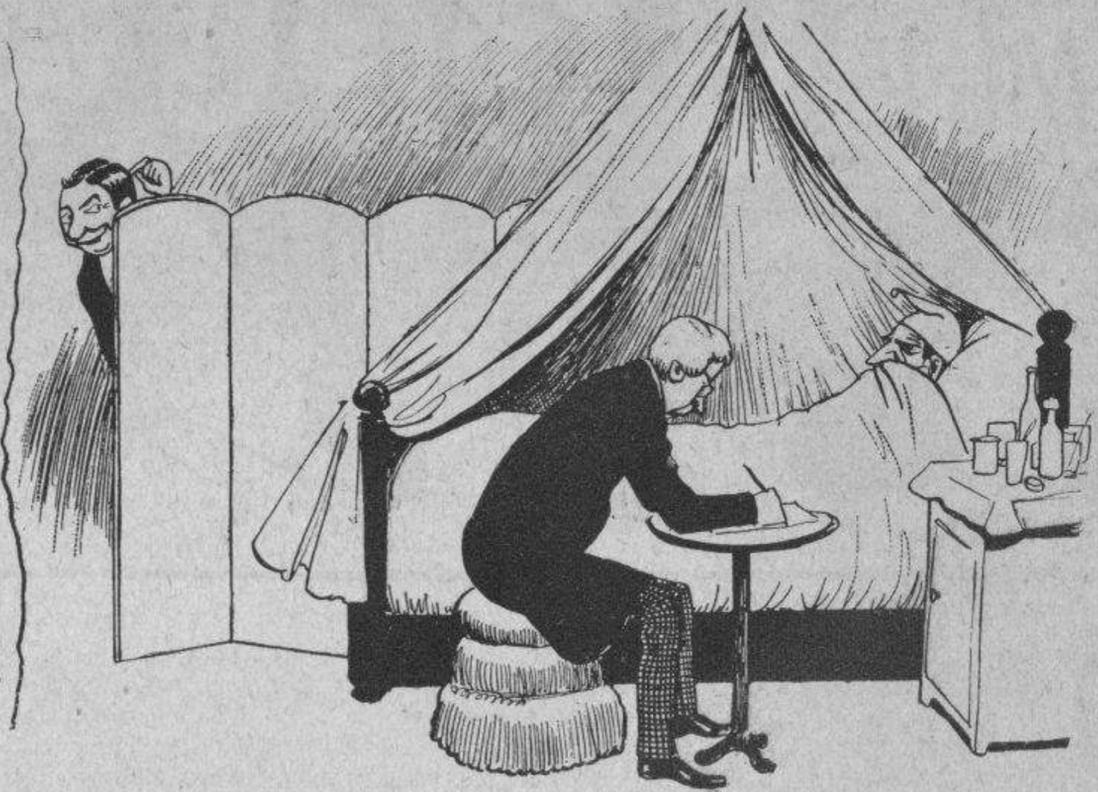
¡Grato es habitar bajo el verde follaje de los bosques cuando la alondra y el mirlo unen sus alegres cantos; pero es más grato aun oír el coro de las campanas del antiguo Dumtelneline cuando anuncia la fiesta de himeneo entre dos amantes!

WALTER SCOTT.

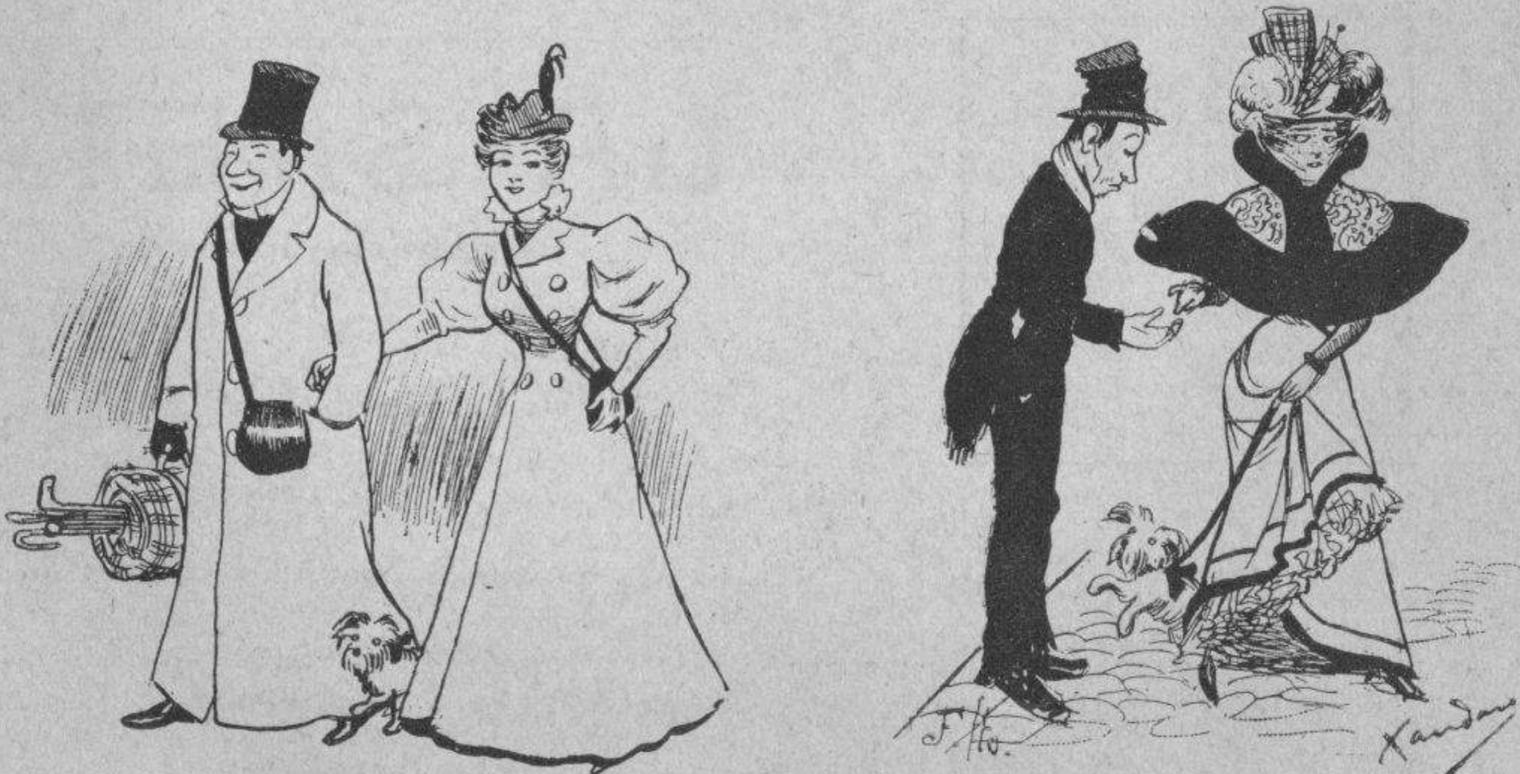


LA HEREDERA, POR XAUDARÓ

*Fififi de mi alma,
 Te pastiepa
 que propius a' mis
 viv mis querido tis
 pronto veri dueno de
 una inmensa for-
 tuna, que pone a tus
 pies tu
 Inocente*



Y, efectivamente, Fififi é Inocente se daban verde en París, Monte Carlo, Mónaco, Venecia,



Suiza, Madrid, Barcelona, y al llegar á Valencia le dejó ella á la luna de ídem

